

el subir de los globitos, confundidos los de las postales, que lanzaban las señoras, con los verdaderos aerostáticos, tripulados por hombres.—La calma chicha del día ardoroso de junio; la pureza cristalina de la atmósfera, mantenían los globos quietos después del primer movimiento pausado y dulce con que se elevaban á cierta altura. Dijérase que iban á quedarse así, fijos á manera de grandes lámparas, pendientes por un hilo de la bóveda del cielo; y dentro de esas lámparas caprichosas, un muñeco ó dos agitaban los brazos, saludaban... Eran los tripulantes de las barquillas, que miraban á la gente de abajo, á la curiosa muchedumbre apiñada en el campo ya libre, donde momentos antes oscilaban las gigantescas burbujas de jabón de los globos inflados y prontos al «¡larguen!»

Las apariencias acusaban una expedición casi en broma, algo puramente representativo del peligro de la aerostación... Y en realidad, el peligro existía, á pesar, ó á causa, de la misma serenidad del aire, que no impulsaba á los globos hacia parte alguna, y de la falta de lastre. El lastre es el paracaídas del globo, es el que le salva del tejado, de la chimenea, del balcón de hierro; con el lastre se cae donde se quiere, y sin el lastre se cae donde la casualidad dispone. Y los globos de la fiesta—oí á los tripulantes lamentarlo—apenas llevaban la vigésima parte del lastre que habrían menester... Además, en el inmenso palenque del aire también hay choques. Dos globos estuvieron á punto de embestirse. La gente, apretujada en el recinto de donde partieron los globos, ó aglomerada en la populachera calle del Gasómetro, contemplaba el espectáculo, sin darse cuenta de que allí se arriesgaban vidas. Por fortuna salió todo á pedir de boca; no hubo un descenso que no se verificase suavemente, y lo que empezó como juego, acabó como juego sencillo y gozoso.

* *

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Parece empezar á disiparse el humo negro de la explosión de la bomba: los viajes de verano preocupan las imaginaciones, cada cual forma sus planes, arregla el empleo alegre ó descansado de los meses calurosos, y el terror desaparece, ó al menos se calma. Es la ley natural y social: que no se eternicen las impresiones por fuerte que sea la causa que las determina. El oleaje de la vida borra sus propias huellas en la playa, alisa la arena y siembra de nuevas conchas y nuevas algas el espacio libre. Y una ola sigue á otra ola, y hoy la ola desafia al cielo y mañana se extiende mansa y acariciadora. Queda, eso sí, su perenne amenaza, su ronco y lejano murmurio de cólera implacable. Pero el espíritu reposa en las largas horas de bonanza...

* *

Y saltaron bodas y bailes y regocijos en Madrid, como si nada hubiese interrumpido la vida habitual de la corte. Y el mismo proceso de la bomba, y las mismas ramificaciones que se descubrieron en él, perdieron bastante interés; la atención del público se cansó un poco; únicamente la refrescó la siniestra inscripción del árbol del Retiro, sobre la cual tantas opiniones contradictorias he oído emitir. Para unos, la inscripción es hecha *à posteriori*, y el señor que asegura haberla visto hacer es víctima de un error involuntario, ó es una de esas personas «que quieren haberlo visto todo»; para otros, es una de las muchas imprudencias adrede cometidas por el criminal á fin de ser preso antes de realizar el atentado y librarse del compromiso de realizarlo; no falta quien diga que es un desahogo lírico, en otro tiempo reservado al amor, y del cual hoy se apodera el odio; no falta quien vea en la tal inscripción una mera *funisterie*, una broma de pésimo gusto... De cualquier modo, si la inscripción es anterior al atentado, constituye un cargo nuevo contra esa policía, que debe de andar como andan en España casi todas las cosas. Su papel en el desarrollo de este asunto no puede ser más pasivo y desairado. Gentes que no forman parte de ese organismo, gentes avispadas y observadoras, son las que han observado, olfateado y descubierto lo que se descubrió. Y cuenta que conspiradores de la naturaleza de los que mediaron en el asunto de la bomba, son como para formar la reputación de un polizonte genial. Es imposible clarearse más, descubrirse más, hacer las cosas con mayor sencillez, con inocencia más primitiva. No aparece ningún Maquiavelo en este proceso. Todo es romántico, franco y de tela de ceceo pura.

* *

Una fiesta de la cual se habló poco y que encontré muy divertida, fué la ascensión de los globos, el *ra hje*, como se decía «deportistamente».—Era una monada, una especie de jugueteo caprichoso en el aire,

En la función de gala del teatro Real cantaron *Lucha de Lammermoor*... Erame imposible no pensar toda la noche, más que en los plumeros, joyas, colorines y bordados charros de uniforme, en lo que pensaría la joven reina, que ha nacido en Escocia, viendo una *Lucha* por el estilo. Raya en lo grotesco la *mise en scène* de esta ópera, una de las que con mayor impropiedad y ridículo descuido salen á las tablas del regio coliseo. ¡Qué escoceses, santo Cristo de Burgos!

Algunos coristas llevaban el calcetín á cuadros; pero otros salían de tonelete de colorines, y la pierna, desde arriba de la rodilla, cautiva en luenga media de rico algodón color rosa, preso el pie en elegante zapato de becerro en mal uso; y como el tonelete respingaba por delante, hacían el fantástico efecto de hallarse en meses mayores. Los hermanos de la reina, esos preciosos chicos que con tanta gracia lucían el característico traje escocés, debieron de reirse por dentro á puchadas, pues el caso no era para menos.

Y no le extrañaría poco á la reina la insólita novedad de que, usando el *laird* de Lammermoor unos colores, usasen los de su *clán* otros distintos, puesto que justamente por los colores del señor se reconocen en la tierra alta de Escocia los hombres de cada *clán* ó tribu, siendo esto cosa de las más sabidas y vulgares, y siendo esos colores una especie de blasón de las familias nobles y antiguas. Y también le gustaría á la reina, no cabe duda, lo fiel de las decoraciones y del mobiliario..., es decir, el mobiliario de *Lucha*, en el Real, se parece á todos los que allí suelen ostentarse; consta de una mesa y un sillón, para la escena de la firma del contrato, y... del vacío reconcentrado en sí mismo, para la escena del delirio con bata de mangas perdidas, cabello suelto y gorgorito libre. ¿Es que habían venido á embargarle á Astón, la víspera de las bodas de su hermana? Y si no, ¿qué significa ese palacio con sólo las paredes?

* *

Por cierto que me han contado una escena cómica, ocurrida la noche de la función de gala; si no es verdad..., ahí va tal cual me la refirieron. Uno de los coristas, con su traje de escocés... de menos que Carnaval, tuvo la ocurrencia de salir por la puerta del pasillo, no sé con qué objeto. Verle y tomarle por uno de los príncipes extranjeros, fué lo mismo. La gente se apartó con respeto, le abrió calle, y se absorbió en la contemplación de su indumentaria. Verdad que, cuando se enteraron del error, sufrió el mísero corista un formidable abucheo, y hasta tengo entendido que una multa, castigo de la *plancha*... de los demás.

* *

Y en pos de tanto festejo—agradables ó no, porque algunos tuvieron de todo—vino el revuelo político, la zambra del cambio de ministerio y el decreto de di-

solución, fantasma cuya existencia niegan los adversarios y afirman los adictos, con igual seriedad y empeño... No sé si en esta variación habrá algo más que un cambio de nombres. Temo que en efecto no haya otra cosa, pues la experiencia nos ha demostrado que otra cosa no suele haber en casos análogos. Ya nadie espera nada de ningún cambio de ministerio. Estoy por decir que nadie espera nada de cambios de ninguna especie. Una indolencia fakirista se ha apoderado del público, del verdadero público, del que no tiene para qué aparentar creer en farsa alguna.—La única ilusión que todavía persiste en el espíritu de varias personas, de las que conocen á otras, es la ilusión individualista; la que se funda en el valer de los individuos superiores, profesen las opiniones que profesen, militen en el bando que militen. Así, existe una figura de ministro que ha motivado esperanzas en los que le tratamos y estimamos. Me refiero á Alejandro San Martín, el eminente médico y cirujano, llamado á la cartera de Instrucción pública. Este no es un político; si militó en las filas de un partido, fué al modo discreto y con la sordina del que no aspira ni á resaltar ni á conseguir. Sus trabajos de clínica, sus estudios concienzudos, profesionales, le absorbieron. Sin embargo, su cerebro, su pensamiento, tenían casillas donde las ideas, no políticas en el sentido estrecho y egoísta de la palabra, sino en aquel otro generoso y amplio que se acerca al patriotismo, germinaban y se desenvolvían silenciosamente. No es San Martín hombre de propaganda y agitación: si no hubiese sido llamado, en substitución de Ramón y Cajal—otro fundamento de esperanzas,—al puesto donde el pensamiento influye en la realidad de un modo inmediato y eficazísimo, San Martín se guardaría sus aspiraciones latentes, su deseo de arreglar algunas cosas, ya que todas, ni Dios, con ser Dios, quiere arreglarlas...

* *

Yo confío en el ilustre facultativo, cuyo bisturí me ha rasgado la piel, en operaciones insignificantes por fortuna, pues el mejor operador es temible, y librenos Dios de necesitar su ciencia. Confío en que corte y raje la recia piel y la hinchazón inveterada de tanto abuso, de tanto abandono, de tanta inercia, que vician la sangre de nuestro organismo pedagógico. Anhele ese bisturí salvador, que extirpe la rutina y el atraso y aplique luego sobre lo vivo de la carne herida la cura aséptica, que no permite la formación ni de una gota de pus.

En nuestras cortas oraciones pedimos á Dios que inspire á San Martín. La mitad de su capa, para los enfermos del cuerpo; la otra mitad, para los del entendimiento. Y más útil la segunda mitad que la primera.

EMILIA PARDO BAZÁN.